

7. La recompensa de la templanza

Durante sus tres años de entrenamiento, Daniel y sus asociados mantuvieron sus hábitos de abstinencia, su lealtad a Dios y su constante dependencia de Su poder. Cuando llegó el momento de que el rey probara sus habilidades y conocimientos, fueron examinados junto con otros candidatos para el servicio del reino.

«[Pero] entre todos ellos no se halló ninguno como Daniel, Hananías, Misael y Azarías.» (Daniel 1:19)

Su aguda comprensión, su lenguaje selecto y preciso, su vasto conocimiento, testificaron la fuerza y el vigor inalterados de su poder mental. Por lo tanto, se presentaron ante el rey.

«Y en todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino.» (Daniel 1:20)

Dios siempre honra lo correcto. Los jóvenes más prometedores de todas las tierras subyugadas por el gran conquistador habían sido reunidos en Babilonia, sin embargo, entre todos ellos, los cautivos hebreos no tenían rival. La forma erguida, el paso firme y elástico, el rostro sereno, los sentidos intactos, el aliento puro —todos estos eran insignias de la nobleza con la que la naturaleza honra a quienes obedecen sus leyes.

La lección aquí presentada es una que haríamos bien en ponderar. Un estricto cumplimiento de los requisitos bíblicos será una bendición tanto para el cuerpo como para el alma. El fruto del Espíritu no es solo amor, gozo y paz, sino también templanza. Se nos manda no contaminar nuestros cuerpos; porque son los templos del Espíritu Santo.

Los cautivos hebreos eran hombres con pasiones como las nuestras. En medio de las influencias seductoras de las lujosas cortes de Babilonia, se mantuvieron firmes. La juventud de hoy está rodeada de atractivos para la autocomplacencia. Especialmente en nuestras grandes ciudades, toda forma de gratificación sensual se hace fácil y tentadora. Aquellos que, como Daniel, se nieguen a contaminarse,

cosecharán la recompensa de los hábitos templados. Con su mayor resistencia física y una mayor capacidad de aguante, tienen un *banco de depósito* del cual extraer en caso de emergencia.

Los hábitos físicos correctos promueven la superioridad mental. El poder intelectual, la resistencia física y la duración de la vida dependen de leyes inmutables. El Dios de la naturaleza no intervendrá para preservar a los hombres de las consecuencias de violar los requisitos de la naturaleza. El que se esfuerza por el dominio debe ser *temperante en todas las cosas*. La claridad mental y la firmeza de propósito de Daniel, su poder para adquirir conocimiento y resistir la tentación, se debieron en gran medida a la sencillez de su dieta, en conexión con su vida de oración.

Hay mucha verdad sólida en el adagio: «Cada hombre es el arquitecto de su propia fortuna». Si bien los padres son responsables de la impronta del carácter, así como de la educación y la formación de sus hijos e hijas, sigue siendo cierto que nuestra posición y utilidad en el mundo dependen, en gran medida, de nuestro propio curso de acción.

Daniel y sus compañeros disfrutaron de los beneficios de una correcta formación y educación en los primeros años de su vida, pero estas ventajas por sí solas no los habrían convertido en lo que fueron. Llegó el momento en que debían actuar por sí mismos —cuando su futuro dependía de su propio camino. Entonces decidieron ser fieles a las lecciones que les habían sido dadas en la niñez. *El temor de Dios, que es el principio de la sabiduría*, fue el fundamento de su grandeza.

La historia de Daniel y sus jóvenes compañeros ha sido registrada en las páginas de la palabra inspirada, para beneficio de la juventud de todas las edades venideras. A través del registro de su fidelidad a los principios de la templanza, Dios está hablando hoy a jóvenes y señoritas, pidiéndoles que recojan los *preciosos rayos de luz* que Él ha dado sobre el tema de la templanza cristiana, y que se pongan en la relación correcta con las leyes de la salud.

Ahora se necesita hombres que, como Daniel, hagan y se atrevan. Se desea un corazón puro y una mano fuerte y sin temor en el mundo de hoy. Dios diseñó que el hombre estuviera en constante mejora, alcanzando diariamente un punto más alto en la escala de la excelencia. Él nos ayudará, si buscamos ayudarnos a nosotros mismos. Nuestra esperanza de felicidad en dos mundos depende de nuestra mejora en uno. En cada punto debemos protegernos contra el primer acercamiento a la intemperancia.

Querida juventud, Dios los llama a hacer una obra que, por Su gracia, pueden realizar.

«Presentad vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.» (Romanos 12:1)

Manifiéstén su masculinidad y feminidad dadas por Dios. Muestren una pureza de gustos, apetitos y hábitos que se compare con la de Daniel. Dios los recompensará con nervios tranquilos, un cerebro claro, un juicio intacto, percepciones agudas. La juventud de hoy cuyos principios son firmes e inquebrantables, será bendecida con salud de cuerpo, mente y alma.